

El pasado día 2, hablando en el almuerzo de la Asociación de la Prensa Extranjera en París, André Malraux decía: «Es esta la Era en que China va a volver a ser China». Ciertamente uno de los hechos que van a definir históricamente la época actual será la transformación de China en una superpotencia mundial tanto en el aspecto material como en su influencia espiritual. En verdad, el mundo ha de registrar crecientemente su huella. En la dirección asiática se juegan los destinos del mundo más que en la atlántica. Por estar allí los más abundantes recursos de hombres, espíritu y primeras materias y por la tendencia histórica a que triunfen los movimientos dirigidos desde el Este al Oeste.

Resumiendo en esta exposición, forzosamente breve, los hechos capitales de la cuestión, nos hallamos, inmediatamente, con su tendencia hegemónica en el mundo asiático. Ello deriva de su propia fortaleza y nada tiene de común con las tendencias «neo-imperialistas» de que, fruto de la incomprensión resultante de no razonar profundamente, le acusa el Occidente<sup>1</sup>. No es esa la explicación, sino que, tras larga búsqueda, la China se ha hallado a sí misma en toda su integridad y su alejamiento de las decadentes fórmulas occidentales representa un «colosal fracaso»<sup>2</sup> de quienes, hasta el momento, se arrogaban la posesión de las verdades eternas.

La primera preocupación del Gobierno comunista, fué restablecer la soberanía en las regiones periféricas que tradicionalmente formaban parte del imperio y que se habían transformado en países «autónomos» bajo diversas presiones. Tales zonas periféricas son: al Norte, la Mongolia exterior;

<sup>1</sup> Ejemplo de ese error lo tenemos en J. Levenson, "Western Powers and Chinese Revolutions", *Pacific Affairs*, 1953.

<sup>2</sup> Arnold Toynbee, "The World and the West", Oxford University Press, London, 1952.

al Noroeste, Sinkiang, y al Oeste, el Tibet. Cuando el Gobierno comunista de China llegó al Poder en 1949, se halló con la Mongolia exterior independizada, el Sinkhing bajo influencia soviética y el Tibet que había logrado su independencia medio siglo antes en momentos de extraordinaria debilidad del Gobierno chino. Como primera providencia urgía restablecer la autoridad china en esos territorios. Los ejércitos marcharon sobre el Tibet implantando la autoridad de Pekín en el país—que durante dos mil años había formado parte del Imperio—aunque hayan persistido brotes esporádicos de rebeldía desde entonces (especialmente en la región oriental de Kham). Fué en abril de 1956—cinco años después de que se restableciera la autoridad china—cuando el Comité Preparatorio para la Región Autónoma del Tibet se dispuso a formular la nueva Constitución, aunque las reformas no resultaban totalmente satisfactorias para el pueblo tibetano, según hacía constar en un artículo publicado en mayo de 1957 en Pekín el general Chang Kuo Hua, comandante chino en el Tibet. Tales razones han diferido la aplicación de las reformas previstas hasta que «las condiciones objetivas del área tibetana sean mejor comprendidas» por lo que no se llevarán a efecto en el transcurso del segundo plan quinquenal (1958-62) dando tiempo a que sea reconsiderado el problema por los propios tibetanos. En realidad, aunque haya existido oposición a las nuevas medidas no puede hablarse seriamente de abierta rebelión. Liu Ke Ping, Presidente del Comité de Asuntos de Nacionalidades del Congreso del Pueblo, hablaba en 1956 a un periodista italiano, que las «rebeliones en el Tibet» eran informaciones exageradas de una rebelión que hacía muchos meses se había producido no en el Tibet, sino en la región autónoma Kanze, en el límite del oeste de Szechuan y Tibet. Se había producido en febrero de 1956 y se había limitado a las áreas Batang y Litang, en la parte meridional de la región mucho más al sur de la carretera principal Yaan-Lhasa. No careció de dificultades esta acción al provocar las disputas chino-indias que surgieron en 1955 por la presencia de tropas chinas en zonas del Tibet en litigio con la India, tales como la del río Hoti que aunque de poca extensión, fué descrita por la India como de gran importancia estratégica debido a su carácter montañoso. Pero tales fricciones han sabido solventarse con gran habilidad. Dentro de esa misma línea se hallan los esfuerzos que realiza para incrementar su influencia en la Mongolia exterior. El pasado año fueron 22.000 los técnicos que envió China a dicho país, aparte de conceder un crecido préstamo a sus autoridades. También la influencia rusa en Sinkiang, que parecía consolidada, ha declinado después de que

los chinos han obligado a abandonar la región de los técnicos rusos que allí trabajaban.

El segundo objetivo de la política exterior china consiste en crear una barrera de países asiáticos amigos o neutrales a su alrededor. En el comunicado firmado por Chu En Lai y Bulganin en Moscú en enero de 1957, se expresa la intención de llegar a un amplio entendimiento entre Tokio y Pekín. «El estrechamiento de los lazos de amistad y cooperación entre Japón y China no interesa únicamente a la U. R. S. S. y a la China, sino también vitalmente al pueblo japonés». Y de tal modo, el 22 de abril de 1957, Mao Tse Tung ofrecía al Japón un pacto mutuo de no agresión a condición de que se independizara completamente de los Estados Unidos. Mao Tse Tung prometió que en el caso de que se llevara a cabo el tratado, China renunciaría a su alianza con Rusia contra Japón. Los pactos militares americanos de defensa contra el comunismo, crean, positivamente, recelo en los pueblos asiáticos. Así se explica el crecimiento del neutralismo que, inevitablemente, tiende a hacerse anti-americano, aun en países aliados de los Estados Unidos como Filipinas y el Japón. China, ante la hostilidad americana ve con buenos ojos estas posturas neutralistas que, en definitiva, merman las posibilidades de una agresión a su territorio. Por esto, en las entrevistas de 1956 entre Chu En Lai y Nehru, el dirigente chino alentó vigorosamente la oposición neutralista de la India, y otro tanto sucedió con Camboya que adoptó firmemente la postura neutralista en 1956 por la gestión del Primer Ministro Príncipe Norodom Sihanuk tras de sus visitas a Delhi, Bandung y Pekín. Las visitas de Chu En Lai del 20 y 22 de noviembre de dicho año al Vietnam del Norte y Camboya, subrayan la importancia que China concede al problema. Laos ha mostrado dos provincias bajo régimen comunista y en la India, Kerala lo está también.

China necesita imperiosamente varios años de paz para llevar a cabo la revolución industrial que la sitúe en el rango de superpotencia. Sus dirigentes son sinceros cuando proclaman su pacifismo, pero, simultáneamente, su adhesión a la doctrina marxista les impulsaría a salir de esa posición si ello fuera necesario para la defensa del comunismo en el caso de que fuese atacado militarmente<sup>3</sup>.

Para reforzar su posición multiplica la propaganda entre los millones:

<sup>3</sup> Lord Lindsay, "China and the Cold War. A Study in International Politics". Cambridge University Press, London, 1955.

de chinos instalados en los países próximos. En Malaya no es posible olvidar la fuerza política que representa la masa de población china, el 40 por 100 de la población de la Federación. Pronto o tarde la Asamblea y el Gobierno pueden ser predominantemente chinos y Singapur actuar de estrecho acuerdo con Pekín, puesto que cabe pensar que el anticomunismo de una gran parte de la población china se vea superado en el futuro por su sentimiento nacional. En Siam son, también, tres millones de chinos los que habitan, aunque tal vez, de momento, sea sólo la cuarta parte los que muestren simpatías por Pekín. Chu En Lai dijo justificadamente que los chinos residentes en el exterior son un problema que la China ha heredado. Pekín, en su Tratado con Indonesia, da a elegir a los chinos entre la adopción de la nacionalidad y derechos políticos indonésicos y la conservación de la nacionalidad china sin el disfrute de tales derechos.

La posición política y la influencia de la China entre los pueblos asiáticos, se robustece cotidianamente. Los errores cometidos en el pasado por el Occidente en su trato con el mundo oriental, se reiteran en la actualidad debido, en primer lugar, a la falta de estadistas de amplia visión (sólo el Generalísimo Franco y Oliveira Salazar constituyen una excepción) y esto polariza la simpatía hacia su máximo representante, la China popular. Así en la Conferencia de Bandung no fué invitada Rusia—que a los ojos asiáticos es una potencia blanca—y sí lo fué China, que despierta la simpatía de todos los pueblos asiáticos y de color. Y allí se reclamó el ingreso de la República Popular china en la O. N. U. por 39 Estados que representan 1.300 millones de habitantes, esto es, la mitad de la población mundial.

Su consecuencia es el persistente incremento de las relaciones de China con los países árabes que ya ha obtenido éxitos espectaculares como el reconocimiento, en 1956, por Egipto. La actuación de la «Asociación Chino-Islámica»—organización de la comunidad musulmana en China—ha sido particularmente intensa en el aspecto de aproximación a los países del Islam. Por su gestión el 12 de noviembre de 1956, China ofrecía a Egipto un donativo de 20.000.000 de francos suizos «sin devolución» en apoyo de la «heroica lucha de ese país contra la agresión anglo-francesa».

Las relaciones políticas de Rusia con China, son fundamentales para ambos países. En octubre de 1954 Bulganin y Kruschef presidían una misión rusa a Pekín y en febrero de 1955 ascendían a los puestos responsables. Las relaciones entre ambos países son «inexpugnables y fraternales» (Mao Tse Tung) y «eternas» (Kruschef). El precio exigido en Yalta por

Stalin (el Sur de Sajalin, las Kuriles, Port Arthur, Dairen, el ferrocarril chino oriental y el surmanchuriano y el «statu quo» en Mongolia exterior) ha pasado en gran parte a manos de China gradualmente. Stalin había llegado a pensar en dos Chinas coexistentes (un estado comunista entre la Mongolia interior y el Yangtse y otro nacionalista en el resto). La victoria militar de los comunistas parece que sorprendió a los dirigentes de la U. R. S. S. Por lo tanto, aunque es manifiesta la profesión de fe comunista de la China, ¿qué nuevo tipo de asociación implica? La historia de los últimos ocho años en China no provee suficientes datos para contestar esta interrogación. Pero hay detalles sobremanera significativos. En 1950 Mao Tse Tung y Chu En Lai se trasladaban a Moscú para crear una alianza con Stalin y en 1955 los jefes del Kremlin volvían a China para revisar su alianza en favor de Pekín. China se beneficia de la ayuda rusa para su industrialización y la U. R. S. S. ve inclinado a su lado el balance de las fuerzas mundiales al tener en su campo comunista al coloso chino, aunque tenga que proveer de armamento a sus ejércitos. Hasta tal punto que el 9 de mayo de 1950 pudo decir Kruschef: «Pensad que si éramos 160 millones en nuestros comienzos, hoy somos más de 600 millones, con la República Popular china». Pero si bien la U. R. S. S. facilita considerables medios materiales a China, es evidente que los dosifica en alto grado<sup>4</sup>, lo que expresa algún recelo para el futuro.

Todos los hechos que podemos conocer—pocos en realidad, tratándose de dos regímenes tan herméticos—llevan a la conclusión de que ambas, ligadas por la fe comunista, en sus relaciones manifiestan una clara independencia de criterios. Son dos Estados soberanos sin subordinación jerárquica de ninguna especie. Esto confirma la tesis del Pandit Nehru que en diciembre de 1956, durante su viaje a los Estados Unidos, había argumentado en favor de una convivencia entre los Estados Unidos y la China roja, basándose en la idea de que China y Rusia son políticamente dos entidades distintas. El hecho comprobado de que la China permanece fiel a la ortodoxia leninista, no supone sometimiento a Moscú. Un prestigioso comentarista de la televisión americana, Murrow, obtuvo en Birmania, en 1957, una entrevista con Chu En Lai. La deducción que obtuvo fué la de un total sometimiento al Kremlin, basándose precisamente en su ortodoxo pensamiento. La misma deducción sacaban los comentaristas

---

<sup>4</sup> Allen S. Whiting, "Soviet Policies in China", Columbia University Press, New York, 1954.

oficiales norteamericanos, que en sus apreciaciones al comunicado de 18 de enero de 1957, ponían especial empeño en resaltar la «unidad de acción y doctrina» de Moscú y Pekín. Se fijaban, exclusivamente, en la letra del comunicado, sin pararse a considerar que aunque existieran graves disensiones entre ambos, siempre han sabido conducir sus diferencias en forma silenciosa, guardando un absoluto secreto. Y no era el momento más adecuado para modificar tan prudente actuación aquel en que ambas potencias comunistas se reunían en Moscú para exponer sus puntos de vista. Pero tampoco pararon la debida atención en un aspecto de singular relieve: la definición que da el comunicado a las relaciones entre los países socialista. «Estas relaciones se basarán en la independencia y soberanía de los Estados, de acuerdo con los principios leninistas de igualdad nacional», se dice textualmente.

Aunque la U. R. S. S. y China se hallen medularmente dirigidas por la doctrina comunista, China no está automáticamente supeditada a Moscú. En las declaraciones que hizo, a su paso por Madrid, el 8 de febrero de 1957 el ministro de Asuntos Exteriores de la China nacionalista, doctor Yeh, al ser preguntado sobre las relaciones entre Rusia y China, contestó: «De las declaraciones de Chu En Lai no puede uno fiarse. Podrán existir pequeños rozamientos, algunas rencillas, pero es evidente que la China comunista forma parte de la Unión Soviética». Esta afirmación sólo puede ser interpretada en el sentido de que ambas forman parte del «mundo socialista», y en ese aspecto, la China considera que es fundamental no fomentar diferencias ni ostensibles choques ideológicos, especialmente cuando las potencias «imperialistas» detentan el poder que tienen actualmente. En enero de 1957, Chu En Lai viajó por Varsovia y Budapest defendiendo la acción del ejército rojo y firmando comunicados de unidad comunista. En este acto se confirma, de una parte, el rango que en el concierto soviético ha adquirido la China y, singularmente, que la solidaridad del bloque comunista le es vital. La visita a Europa de Chu En Lai significa que China está actuando con los Estados europeos no solamente en materias económicas, sino como un dirigente en la formulación de la política comunista mundial. El interés económico de China en la Europa oriental, es considerable. Polonia, Checoslovaquia y Alemania oriental, robustecen, mediante el comercio, la economía china. Toda desaparición de control soviético en tales países produciría un colapso en el desarrollo de China. Por esto la revuelta húngara fué el grito de alarma que hizo cambiar a los estadistas chinos su conducta. De favorecedores, en un prin-

cipio, de la liberación política han pasado a ser los defensores de la dureza en las relaciones internas e internacionales. Este es el primer acto mediante el cual la China se manifiesta fuera de sus fronteras. El próximo puede ser aquel que, agudamente, mencionó últimamente el canciller Adenauer: «El talón de Aquiles de la U. R. S. S., es la China Popular. La presión demográfica China—país que cuenta con una población de 600 millones de habitantes y que aumenta anualmente en doce millones de nacimientos—conducirá indiscutiblemente a este hormiguero humano a «descargar» su «superavit» humano en dirección a la Unión Soviética. Tomen buena nota de mis palabras: el problema de la China Popular es una cuestión decisiva para la U. R. S. S.».

Ni siquiera se aplican en China métodos calcados de los rusos. En su gestión Mao Tse Tung ha demostrado una notable flexibilidad adaptando o aun ignorando los principios marxistas cuando la experiencia demostraba que ello era incompatible con las condiciones de China<sup>5</sup>. No es de extrañar que Tito haya afirmado que: «la ciencia marxista ha sufrido tal metamorfosis al pasar de Europa a los dirigentes chinos, que su creador no la reconocería»<sup>6</sup>. Han aprendido el ejemplo ruso, pero también han comprendido sus errores y de tal modo su experiencia evita riesgos innecesarios. Así tratan de lograr la colaboración de la burguesía y de muchos de los capitalistas chinos en vez de liquidarlos como se hizo en la U. R. S. S. Mao Tse Tung ha demostrado claramente su intención de edificar el comunismo chino con medidas graduales y no con las bruscas decisiones que se adoptaban en la Rusia de las primeras décadas bolcheviques. La colectivización del campo está casi terminada—el 90 por 100 de la masa campesina está socializada—y la nacionalización de todas las industrias y establecimientos, es el aspecto que desarrolla actualmente con más intensidad. Actualmente una mitad de ellas están dirigidas por una junta en que intervienen representantes privados y estatales. Y los importantes cambios anunciados por Chu En Lai ante el Congreso nacional en julio de 1956, presentan una modalidad totalmente nueva, el sistema planificado, referido a todas las provincias, para la división de poderes entre las autoridades centrales y locales, tal como preconiza la Constitución. Este sistema proporciona más amplios poderes a las pro-

---

<sup>5</sup> S. B. Thomas, "Government and Administration in Communist China", Institute of Pacific Relations, New York, 1955.

<sup>6</sup> Mariscal Tito, Discurso de Labin, 15 de junio de 1958.

vincias en materia de planificación, desarrollo económico, asuntos legales y políticos y organización. Y, precisamente, basado en esta idea, es el plan que, posteriormente, ha adoptado la U. R. S. S. «Siete años han sido suficientes al Gobierno comunista de China—escribía el «The Times» de 21 de febrero de 1957—para tener el pleno control del país y acometer las fundamentales reformas sociales y económicas. China ha terminado su período de consolidación y se encamina ahora hacia el de industrialización».

Los esfuerzos de China por hallar una interpretación auténtica del marxismo-leninismo la ha llevado a cambios sustanciales en su política interior. El famoso y divulgado discurso de las «cien flores», de Mao Tse Tung, señaló el comienzo de una amplia campaña de liberación. Esa campaña tuvo desde el principio muchos adversarios dentro del Partido. Así, el «Diario del Pueblo», de Pekín, en junio de 1956, denunciaba la conjura «contra el Comunismo, contra el pueblo y el socialismo tramada por burgueses que se aprovechaban de la campaña de liberación y de rectificación para crear inquietud». El artículo hallaba el origen de todo ello en la «alianza de Chang Po Chun y Lo Lung Chi», ambos vicepresidentes de la Liga Democrática. El ataque se dirigía a ellos así como a varios Partidos, entre los cuales destaca el de «Campesinos y Trabajadores» que Chang Po Chung preside. No cabe dudar de la sinceridad de Mao Tse Tung al adoptar las medidas de liberación y rectificación, pero los incidentes ocurridos reforzaron la posición de otros jefes liberales del Partido que nunca habían dudado de que la máxima eficacia consistía en aplicar los métodos enérgicos usados para la represión de las campañas de Safan y Wufan. El «Diario del Pueblo», de abril de 1957 demostraba que la relajación en la puritana ortodoxia comunista conducía a la «indolencia e indisciplina que evidentemente han vuelto a reaparecer». Señalaba la reaparición del comercio privado de algunos géneros reservados al Estado, como los cacahuetes. Otro detalle era el del desinterés de los muchachos en proseguir la campaña de exterminio de pájaros, ratas y moscas ordenada por el Gobierno y que se había iniciado con un satisfactorio balance. También cita el hecho de que la austera moral comunista está siendo abandonada por las muchachas jóvenes a quienes se ve frecuentemente en compañía de extranjeros. El 2 de mayo de 1957, el alcalde de Pekín, Peng Cheng, miembro del Politburó, declaraba en un discurso que «China ha entrado en un período de reconstrucción socialista en la cual los conflictos en vasta escala han desaparecido virtual-

mente mientras que se han iniciado contradicciones entre las diversas clases de la población». Solicitaba una «coexistencia de los comunistas y otros partidos democráticos» para lograr la total transformación de China, así como eliminar la burocracia y otros «peligros similares».

La sublevación de Hungría significó para la China la inoperancia de toda política liberadora. Por haber sido su más firme defensor tuvo Chu En Lai que desplazarse a Europa a persuadir de la necesidad de enérgicas medidas que impidan toda debilidad del campo socialista. El pasado 18 de junio el «Diario del Pueblo», órgano del partido comunista chino, hablando de la ejecución de Imre Nagy, afirma que, «el revisionismo es el mayor peligro existente en el movimiento comunista mundial». De tal modo Tito, en su discurso del 15 de junio, en Labin, atacó violentamente a la China comunista, acusándole de ser «hostil a la buena comprensión internacional tanto como los medios más reaccionarios del Occidente», agregando que «los dirigentes chinos creen que la guerra es el mejor medio para lograr la expansión del comunismo». Este es un hecho significativo porque Tito, indudablemente, está muy bien informado de las corrientes que dirigen el comunismo mundial. Y también es significativo que, pocos días antes de dicho discurso, un artículo del «Diario del Pueblo» atacase a la coexistencia por ser «un dique que se opone a la expansión socialista», relacionándola con un dicho atribuido a Confucio de que «un río, como la verdad, corre siempre y jamás tendrá fin». También es un síntoma que en el pasado mes de febrero Chu En Lai que ostentaba los cargos de primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores dejó este último puesto a Chen Yi, uno de los más antiguos comunistas, puesto que ingresó en el Partido cuando estudiaba en Francia después de la Primera guerra mundial, siendo expulsado de dicho país por su actividad política. Actuó de comandante en la campaña del Norte de 1926 y mandó el ejército comunista que tomó Sanghai en 1949. Su reputación de hombre enérgico y de insobornable ortodoxia indica claramente la interpretación que da la China a la doctrina marxista-leninista y el rumbo que pretende imprimir en las relaciones internacionales.

Dos interesantes párrafos de la alocución pronunciada por Mao Tse Tung el 27 de febrero de 1957 a la Conferencia Suprema del Estado nos pueden ayudar a comprender el fondo de la cuestión: «Los días de desunión y lucha nacional, que el pueblo detestaba, han acabado para siempre... La unificación del país—unidad del pueblo y unidad entre nuestras diversas nacionalidades—son las garantías básicas del triunfo seguro».

JULIO COLA ALBERICH

de nuestra causa». Para ello es necesario «implantar la dictadura democrática del pueblo cuya primera función es suprimir a los reaccionarios y explotadores de todo género que se opongan a la construcción socialista. Naturalmente deben ser las clases trabajadoras, y el pueblo por ellas conducido, quienes ejerzan esta dictadura».

JULIO COLA ALBERICH

15 de julio 1958.